

823  
M.

PA 2625  
E53  
R58  
V.2

---

*Prohibida toda traducción y reproducción.  
Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que marca la ley.*

---



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

78228

---

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

---

---

## TERCERA PARTE

---

### TIEMPOS DIFÍCILES

I

#### Un asunto delicado.

Al día siguiente de su excursión á Fontaine, Teresa Montarón se levantó con la cabeza pesada y los nervios excitados.

Era un triste despertar al salir de un hermoso sueño.

Había tenido algunas horas de alegría, turbadas por las amenazas del guarda de Fontaine y las inquietudes á que no podía sustraerse, pero en fin, había gozado de un día de sol, de bienestar y de libertad.

La alegría había desaparecido; solo quedaba la inquietud.

Pero se resignaba.

¿No había escrito á su amigo el cazador de topos que estaba resuelta á todo lo que el cariño de un hijo puede exigir á una madre?

Había llegado la hora.

No podía esperar más.

Se vistió cuidadosamente, recogió el pelo con una elegancia de artista, se puso el vestido del Louvre, se miró en un espejo pequeño, único de que disponía para contemplar su imagen, y



rozagante, graciosa, siempre un poco pálida, bajó y entró en una lechería, donde se hizo servir un par de huevos fritos y una taza de café con leche, muy animada, haciéndose cargo de su situación de joven lanzada sobre el piso de París, tan duro para los pobres.

Allí, en aquel local, ancho como un pasillo, había un poco de todo: obreros, jóvenes en traje de mañana, estudiantes, y cerca de ella, tomando muy de prisa una taza de chocolate, una modista de unos treinta años de edad, bien puesta, con su caja de sombreros á su lado, en el suelo.

El mozo de almacén que la acompañaba se desayunaba también en una mesa vecina.

La modista, una rubia, alta, ajada, que había debido ser guapa, miraba á su vecina con admiración.

—¿No sois?...—la preguntó vacilando.

—¿Quién?

—No; me engaño... Es admirable cómo os parecéis... pero es imposible... Os tomaba por una de nuestras compañeras de la calle de la Paz, Angela, una joven que nos ha dejado...

—Yo hace poco tiempo que estoy en París, y no he estado en ningún almacén—dijo Teresa. Y añadió suspirando:

—¿No he tenido esa suerte!

—¡Oh!—dijo la otra.—Hace quince años que estoy en uno, y no creo que sea tanta suerte; ¡para lo que se gana!... Angela ha tenido suerte; vive con un ricachón, y no la falta nada sin trabajar... De hacer locuras, que la valgan á una.

Y concluyó diciendo:

—¡Os pido perdón!... ¡Me he equivocado!... No os ofendáis por eso... Angela es también muy guapa... Las muchachas como ella encuentran siempre medios de no pasar la vida metidas en un taller. Vos tenéis una ventaja sobre ella... ¡sois más joven!... Aprovechaos de eso...

La modista se expresaba con una gran sequedad, una pesadumbre que se notaba en sus menores palabras, en el gesto que las acompañaba, en su mirada dura.

Se levantó.

—¿Estais colocada?—preguntó familiarmente.

—Busco colocación.

—¿Habéis venido á París para eso?

—Sí.

—Pues bien, os compadezco... No os distraeréis mucho...

Echó setenta y cinco céntimos sobre la mesa, hizo una seña al mozo de almacén que la acompañaba, cogió éste la caja de sombreros, y en el momento de salir, dirigiéndose á Teresa, añadió:

—Si yo tuviera los atractivos que vos, bien sé lo que haría... De una manera ó de otra, es siempre á eso á lo que se va á parar, á menos...

—¿A menos?...—preguntó Teresa con curiosidad.

—A menos de un milagro... Pero por mi parte, no creo en ellos.

Sonrió á su vecina, saludó con un movimiento de cabeza, y salió.



Eran cerca de las diez y pre un poco mañana...  
Teresa no tardó en salir de su habitación.

Se había prometido ponerse en busca de una colocación é iba á dar los primeros pasos para cumplir su promesa.

A la salida de la lechería se paró un momento, vacilando hacia donde se había de dirigir; pero esta vacilación duró poco; se volvió á la calle del Echaudé.

Una secreta esperanza la advertía que encontraría allí al señor Quillet.

El propietario de la casa estaba, en efecto, á la puerta, rebosando salud, con la cara muy colorada, apoplética, muy elegante, y un clavel en el hojal de la americana.

Al ver á Teresa expresó su cara una verdadera alegría.

—¿Cómo va?—la preguntó.

—Así, así... Me duele la cabeza... me zumban los oídos...

—¡La debilidad!... ¡No os alimentáis!... ¡No coméis nada!... ¡Os preocupáis demasiado!...

Teresa replicó sonriendo:

—¿Puedo hacer otra cosa?

—Eso depende...

—¿De qué?

—Del estado de vuestros fondos. Están muy en baja, ¿eh?

—Muy en baja. ¡Y comprenderéis!...

—Ya comprendo.

—La señora Guinard me ha aconsejado que me dirija á vos.

—¿Para que os ayude á buscar una colocación?

—Sí, señor.

Estaban en el portal, y el señor Quillet, dirigiéndose hacia la habitación de la portera, dijo á Teresa:

—Entremos aquí que estaremos mejor para hablar. La señora Guignard ha ido á hacerme un recadito.

Entró él primero, sin ceremonia, dió una silla á Teresa y tomó otra para él.

—Bueno, hablad con franqueza; ¿qué es lo queréis?—preguntó á la joven.

—Colocarme.

—¿Pero cómo? ¿Como doncella? ¿como cocinera? ¿como señorita de almacén ó de compañía? ¿como modista, florista, costurera, señorita de mostrador, cajera? ¿ó dependiente de casa de Duval? Elegid.

Rectificó:

—Al decir elegid, he querido decir: ¿Cuál de esas ocupaciones os gusta más?

Teresa contestó muy indecisa, más inquieta aún:

—No lo sé. Todo lo que sé es que necesito ganar dinero para pagar el alquiler de la casa, para vestirme, para vivir, en una palabra...

Y añadió más bajo:

—Y para mi hijo...

—No nos enternecemos... Hablemos con serenidad... Estamos aquí para hablar razonablemente... No quisiérais poner os á servir...

—Mientras sea posible...

—Decid que no quisiérais.

—Es verdad.

—Os felicito, desde luego, porque ninguna



ama de casa os admitiría... No sois de esas que, á menos de estar loca, introduce en su casa una mujer casada... Pasemos. Florista, no sabéis el oficio; modista, tampoco; costurera, lo mismo. Se necesita aprendizaje, y eso se paga. No podéis esperar... Señorita de almacén... la misma historia... á menos de entrar en una de esas tenduchas donde no se gana nada. Cajera, eso tal vez pueda ser... ¿Tenéis buena letra?

—Regular.

—Lo intentaremos; pero es muy escabroso. Hay mucha competencia y los sueldos van siendo cada vez menores... Nos queda, como tabla de salvación, la de señorita de compañía.

El señor Quillet se mordió los labios.

—Hay dos clases—dijo—las que se colocan en casa de una señora anciana, impotente, sorda, avara, enferma, ó de una solterona de mal carácter, caprichosa, mala como la sarna. Esas son mártires, infortunadas que pasan el purgatorio en este mundo y que deberán ir francas de porte al Paraíso, purificadas por los años de tortura que han sufrido.

El señor Quillet acercó su silla á la de la joven y tomó un tono más bajo.

Hay cosas que no pueden decirse más que rodeándose de misterio.

—Tenemos también las que entran en casa de un caballero viudo ó soltero para cuidarse de la casa, vigilar sus asuntos, acompañarle en sus viajes y hacer, en fin, que no se aburra su amo.

No os oculto que es la única colocación ver-

daderamente agradable y ventajosa que una mujer joven y pobre puede desear. Ahora bien, para las otras colocaciones de que acabamos de hablar, no presentáis ninguna de las condiciones necesarias; para esta, tenéis todas.

Y aun me atrevo á decir que es raro que una persona las reúna en tan alto grado.

El antiguo comerciante avanzó una de sus manos hacia la mano derecha de Teresa. Ella la retiró suavemente.

El señor Quillet no se inmutó y continuó:

—Sois joven; sois hermosa; dentro de pocos días estaréis fresca como una rosa, sobre todo si conseguís desechar las preocupaciones que os atormentan y, os encontraréis en fin en una situación que permite hablaros un lenguaje del que ciertas ingenuidades se espantarían.

Teresa no desplegó los labios, pero se había puesto pálida.

El señor Quillet no se detuvo por eso.

—No habéis sido casada y sin embargo tenéis un hijo.

—¡Oh! ¡señor!

—¿Por qué callarlo?... Habéis tenido que abandonar el país á consecuencia de una falta... ¡No creais que os lo critico!... Expongo un hecho y os digo. El propietario se aprovechó del decaimiento de ánimo de su inquilina y apoderándose de las dos manos con las que ella se había tapado la cara repitió:

—Os digo que soy rico, más rico que cree la señora Guignard; yo no gasto casi nada y amontoño grandes economías; me gustais y puedo hacer vuestra felicidad... ¿Queréis colo-



cación? No la encontraréis... No la hay para las jóvenes tan hermosas como vos, ó las pagan con complacencias que no necesito explicar. París es así. Ni vos ni yo cambiaremos su manera de ser. En lugar de luchar contra lo imposible, aceptad lo que os ofrezco... No es una fortuna... No soy un inocente para hacer locuras... Sin embargo, si hiciera alguna sería solo por vos. Lo que os propongo es que vivais con desahogo, en una habitación confortable, con algunos cientos de francos al mes, la libertad de poder ver á vuestro hijo, de procurarle toda especie de pequeñas distracciones, el derecho de dedicaros á la pintura con vuestro amigo Krug, por mero pasatiempo—porque la pintura no es otra cosa—en una palabra, todo lo que una joven que ha sufrido tanto como vos, la huida de su país, el miedo de la miseria, el hospital, en fin, debe de ser tan feliz en encontrar. ¿Comprendéis?

Teresa inclinó la cabeza.

El señor Quillet pudo creer que la había convencido y llegaba á su objeto.

Y como ella seguía pensativa y no contestaba.

—¿Y bien—la preguntó, que decís.—Os ofrezco seriamente lo que os he dicho.

—¿De veras?

—Como os lo digo.

Se detuvo.

Las gruesas lágrimas que salían de los ojos de Teresa humedecían sus manos.

—¿Llorais?—preguntó con tono cariñoso.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Os cuesta mucho resignaros al pequeño sacrificio que os pido?

Teresa se encogió de hombros con indiferencia.

El repuso:

—Ya no soy joven, lo sé, no soy guapo tampoco. Un hombre no tiene necesidad de serlo... Lo que necesita son rentas, y yo las tengo... No adquiero compromisos, pero á quien dejaría yo lo que tengo sino á vos si me amabais un poco, no digo mucho... Me conozco... no tengo derecho á pedir grandes cosas... ¿Queréis á vuestro hijo?

—¡Oh, sí!

—No necesitaré recordaros lo que en la pobreza pasa un muchacho que no tiene los recursos de una joven. Al tomar una determinación, pensad en vuestro hijo. ¿No es nada para él un apoyo como el mío?

El reloj de la portería dió la media.

—¡Diablo!—exclamó interrumpiéndose—¡Se acerca la hora del almuerzo! ¡Los otros van á poner el grito en el cielo si les hago esperar!... ¡Concluyamos este asunto!... Por otra parte. ¿qué más podría yo decir? Jamás he hablado tanto tiempo... ¡Eso prueba lo que os quiero! ¿Aceptáis?

—¡No puedo!

—¿Qué decís?

—Digo que no puedo hacer lo que queréis...

—¡Pero, desgraciada criatura, reflexionad!...

—He reflexionado.



—¿Qué va á ser de vos?

—¡Lo que Dios quiera!

—Si habláis con El como conmigo, conoceríais tal vez sus intenciones, pero no es fácil.

—Trataré de colocarme...

El señor Quillet se levantó.

—Intentadlo—dijo.—Tengo curiosidad por saber lo que pasará... ¿Y por dónde vais á comenzar?

—No lo sé—dijo Teresa.— Había contado con que me ayudaríais á buscar colocación.

El antiguo comerciante separó los brazos, haciendo un gesto de despecho.

—Pero ya sabéis cuan inútiles serían nuestras gestiones... ¿Qué esperáis, pues?

—Vivir honradamente de mi trabajo. Si eso es imposible, como vos pretendéis, entonces veré... Habré hecho al menos todo lo que he podido hacer...

—¿Estáis bien decidida?

—Sí.

—¡Id pues! Ya volveremos á vernos.

Dió algunos pasos por la habitación con las manos cruzadas atrás, pero sin incomodarse y mirando á la joven con lástima más bien que con cólera.

En aquel momento entró la portera con una cesta al brazo.

Miró sucesivamente al propietario y á Teresa, y dijo:

—Y bien, ¿qué hay?

El señor Quillet fué quien la contestó:

—Hay que esta criatura se hace grandes

ilusiones... Quiere hacer experimentos... No me opongo á ello. De todos modos, colóquese ó no, que viva en su habitacioncita... La quiero bien y no la pido nada por eso... Tengo la seguridad de que no encontrará colocación... Ella volverá al redil, y no tardando. Salud, señoras.

Y salió bruscamente.

La portera quedó con Teresa.

—¡Oh! ¡oh!—dijo,—¿qué es lo que ha pasado? ¡Contádmelo!

Teresa, que se había levantado, se dejó caer de nuevo sobre su silla.

Se sentía perdida.

En su desamparo, había puesto su esperanza en el señor Quillet.

La bondadosa cara del antiguo comerciante era de esas de que no se desconfía.

Jamás había pensado Teresa que de la boca de aquel hombre pudieran salir las proposiciones que acababa de oír.

Su ánimo había decaído de pronto por completo.

Le parecía que en todos los sitios que se presentara sería rechazada sin piedad.

No contestó á las preguntas de la portera.

Estaba absorta en sus reflexiones, que eran muy amargas.

La señora Guignard la dejó un instante de reposo, se ocupó de los preparativos del almuerzo, vació su cesta sobre una mesa, y volviendo al lado de su inquilina:

—Vamos á ver—dijo,—¿por qué estáis triste? ¿Ha sido la causa el señor Quillet?

—Sí.



—¡El, Dios elemental! ¿Y cómo? El pobre hombre es bueno como el pan.

Teresa necesitaba desahogar su corazón.

Contó todo á la portera: su desayuno en la lechería, lo que le había dicho la modista, y por fin su conversación con el señor Quillet y la necesidad en que se encontraba, sin embargo, de colocarse para ganar con qué vivir para ella y su hijo.

¿Cómo arreglarse, puesto que no conocía á nadie?

La portera se encogió de hombros varias veces sin manifestar gran admiración.

—¿Os habéis negado?—preguntó.

—¿No debía hacerlo?

La señora Guignard la volvió la espalda y se puso á arreglar sus provisiones de patatas, cebollas, legumbres, cerrando los labios y murmurando entre dientes.

—Sí, sin duda, querida, sin duda. Tenéis razón. No seré yo quien aconseje mal á una joven tan buena... No, seguramente.

Pero hablaba sin convicción y se veía bien claro que no pensaba una palabra de lo que decía.

—Es preciso ensayar, tratar de buscar alguien que os recomiende... pero eso es muy aventurado.

Para animarla añadió:

—¡De todos modos no os comerán sin vuestro consentimiento! Ya sois espigadita.

Y de pronto, plantándose en jarras delante de Teresa, se decidió á contarla su propia historia, diciendo:

—¡Antes de que os vayais oid esto!

Entonces hizo un relato que muchas parisienses pobres podrían hacer si quisieran; una existencia empleada en tiendas de poca importancia, mal pagada, mal alimentada, alojada en una guardilla imposible, maltratada por la patrona, celosa de ella, etc., etc., etc.

Concluyó diciendo:

—Yo también he sido joven: también yo he sido bien parecida. Me lo han repetido muchas veces, y lo he creído algunas... He aquí lo que Paris ha hecho de mí, una vieja portera que no tiene más que la portería para vivir y conozco algunas que no tienen esa suerte! ¿Qué vais á hacer?

—No lo sé. Veré, lo pensaré... Buenos días señora Guignard.

Teresa subió á su cuarto.

La portera se quedó sola, puso la mesa y se sentó ante ella murmurando:

—Bien sé lo que yo haría. El señor Quillet está bien conservado... Tiene buenas rentas... Procuraría dominarle; pero no se puede dar esos consejos... Y cuando se es joven se tienen otras ideas.

Teresa estaba desanimada.

Se sentía enferma, causada, tanto en lo moral como en lo físico.

Indecisa, maldiciéndose por la resolución que había tomado, pensando en su habitación de la Boca del Lobo, en su madre, en sus hermanos y en todos aquellos á quienes tanto quería, estuvo en su cuarto hasta las cuatro de la tarde.



En el momento en que se disponía á salir, registrando el saquito que había traído de Sologne, encontró en él una tarjeta que había dejado olvidada.

Era la de su compañero de viaje desde Cour-Cheverny á Blois, el representante de la casa Renard, Bresse y Compañía, Próspero Gombault.

En efecto, ¿por qué no dirigirse á él?

Se había mostrado con ella bueno y complaciente, aunque algo brusco y al separarse la había dicho que si algún día le necesitaba para algo no vacilase en recurrir á él.

Este recuerdo la reanimó.

Bajó la escalera más de prisa que la había subido.

La calle del Puente Nuevo no estaba lejos de allí.

Se dirigió hacia ella y al aproximarse á la casa se decía, como si su compañero de viaje hubiera de ser su salvador.

—¡Con tal que esté en casa!

La casa Renard, Bresse y Compañía es de las más importantes.

Al entrar en el almacén, Teresa se encontró perdida en una especie de pasillo formado por piezas de lona, impregnadas de un fuerte olor á cáñamo.

Avanzó tímidamente por entre una porción de mozos y de empleados que estaban ocupados en hacer paquetes y que no se fijaron en ella.

Por fin en un rincón vió un escritorio en el que un hombre grueso conversaba con otro

que estaba escondido detrás de una verdadera muralla de libros.

El grueso decía al otro, sacando el reloj:

—Las cinco menos diez: os dejo, Burard: nos veremos en casa de Rausset. No faltéis.

—No, no.

Tomó su sombrero, cogió una porción de papeles que metió en el bolsillo, y se dispuso á salir diciendo:

—No faltéis, cuento con vos: necesito divertirme un poco, después de tres meses que no estoy en París. Os ofrezco una pequeña huelga.

—Aceptada.

Al volverse lanzó una exclamación de sorpresa.

—Pero sí, no me engaño; es mi joven compañera de Blois... Tomasteis el tren en Cour-Cheverny, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Qué hacéis aquí?

—Vengo á veros.

—¿No me habéis olvidado, pues?

—No... Me disteis vuestra tarjeta... La he conservado.

—Enhorabuena... Sois ordenada... ¿Y qué es lo que queréis?

—Que me hagáis un favor...

—Si puedo hacéroslo...—dijo.

Y en seguida añadió:

—Vámonos, porque se burlarán de nosotros. Ya hay allí una caterva de babiecas que nos mira.

En efecto, los dependientes y los mozos de almacén comenzaban á reirse y á cuchichear.



—Ese gordote de Gombault tiene conocimientos admirables.

—¡No es moco de pavo la pequeña!

—¡Imbéciles!—dijo el viajante;—no la conozco más que vosotros... Es una pobre joven que busca colocación.

En la calle examinó á su compañera de viaje, y la dijo:

—Veo con gusto que os habéis transformado, que parecéis una verdadera parisiense. ¿Qué colocación queréis pretender?

—No me he fijado en ninguna. Cualquiera...

—¿Con tal que sea buena, eh?

Dieron algunos pasos, entraron en la calle de Rivoli, marchando juntos, sin hablar, y se encontraron enfrente de un café bastante grande.

—Entremos—dijo Gombault,—hablaremos mejor dentro.

Entraron en un gran salón lleno de gente, en medio de un gran ruido de conversaciones y del producido por las fichas del dominó sobre el mármol.

Un hombre bajito, de unos cuarenta años, pálido, seco, sin barba, en Smoking, en resumen, bien puesto, muy bien peinado, vigilaba el servicio con ojo avizor.

Este hombre era el dueño del establecimiento.

Al ver á Gombault le salió al encuentro y le tendió la mano con cariño.

—¿Va bien?—le preguntó.

—Bien. Siempre de viaje... ¡Un verdadero Judío Errante! No he hecho más que atravesar París para ir al Norte.

—¿Y ahora?

—Estoy aquí por dos días... Principio á cansarme de esta vida.

El dueño del café, mientras que hablaba con el viajante, examinaba con extrema atención á Teresa.

Gombault vió sentada en una mesa cerca del mostrador á una mujer ya de edad.

—Toma—dijo;—¿habéis cambiado de cajera?

—No me habléis de eso...

—¿La señorita Rosa?

—Marchó... Estoy desesperado... Ese bribón de la casa de cambio, á quien conocéis, es el que se la ha llevado.

El patrón mostró la vieja con un gesto de desdén.

—Tengo á esa que está interina... pero no me sirve... Busco.

—Tal vez tenga yo lo que necesitáis.

—¡Vos!

—Yo.

—En verdad que me hariais un favor.

—Pues bien; sentaos un momento.

—¿Qué vais á tomar?

—Un ajenjo.

—Y la señora, ó señorita?—preguntó:

—Yo no sé...

—¿Algo dulce?

—Como queráis.

—¿Una copa de Madera? Es lo mejor antes de comer.

—Sea.

Teresa estaba como aturdida al verse en aquel café.



Era la primera vez en su vida que entraba en un establecimiento de ese género.

Aun las palabras que oía la eran desconocidas.

Pero veía bien que el viajante era muy amigo del patrón; que este patrón necesitaba una cajera y su protector de azar iba á proponerla para esa plaza que ella se creía incapaz de desempeñar.

Entretanto Gombault y Rousset hablaban en voz baja, y Teresa comprendía que hablaban de ella.

Por fin Gombault tuvo un argumento decisivo.

—¿Qué os cuesta ensayar?

El patrón levantó la voz.

—Os aseguro—decía—que es preciso que seáis vos quien me habláis de eso para que me ocupe de ello... Os debo mucho... Me habéis servido muchas veces y no lo olvido.

Volviéndose á Teresa:

—¿Queréis colocaros?—la preguntó.

—Por necesidad.

—¿Qué edad tenéis?

—Diez y ocho años.

—¿Os llamáis?

—Teresa...

—¿De apellido?

Teresa dijo muy bajo:

—Montarón.

—¿De dónde sois?

—De las inmediaciones de la Mota-Osenyon.

—¿Subprefectura?

—De Romorantín.

—¡Bonito puerto de mar!... Conozco allí á un juez.

Los ojos de Teresa se agrandaron con una expresión de admiración y temor.

Rousset continuó:

—El señor Robinier... ¡Supongo que no os habréis asustado por eso!

Teresa contestó estremeciéndose:

—No, señor.

—Se creería. He aquí cuáles serán nuestras condiciones. Tendréis, por ahora, cincuenta francos mensuales, casa y mesa. La habitación está en el quinto piso.

Teresa, de pálida que estaba, se puso como la púrpura.

—¡Oh!—dijo el patrón—tranquilizaos. Estaréis perfectamente. Necesitaréis un traje elegante, pero sin lujo: negro, más serio que ese... ¿No tendréis dinero, tal vez?

—Muy poco.

—Yo os adelantaré doscientos francos... Todo esto lo hago por mi amigo Gombault, pero creo que hago mal...

—¡Oh, señor!

—¿Cuándo podeis venir?

—Cuando querais.

—Entonces, mañana... Necesito una cajera absolutamente... He visto cincuenta... Ninguna me conviene. La vieja no puede hacer todo. ¡Hasta mañana!

—Sí, señor.

El patrón estrechó la mano á Gombault y se marchó á sus asuntos.



El café estaba completamente lleno.

El sitio que el patrón dejó libre fué ocupado inmediatamente por el tenedor de libros de la casa Renaud, que acudía á la cita.

—Amigo mio, te presento la futura cajera del café Rousset—le dijo Gombault.

El tenedor de libros se inclinó.

—Y bien, ¿ya estareis contenta?—dijo el viajante dirigiéndose á Teresa.—¡Ya veis que es preciso no desesperarse por nada! ¿Qué me vais á dar por mi trabajo?

Y como ella no contestase más que con una sonrisa de agradecimiento:

—Un buen apretón de manos—repuso—es todo lo que necesito.

Cogió las dos manos que Teresa le alargaba y atrayéndola cerca de él:

—Un consejo—dijo.—Trabajad, cumplid con vuestro deber escrupulosamente y sed rígida como la justicia, con todo el mundo, ¿entendéis?

—Sí, señor.

Repitió por segunda vez:

—¡Con todo el mundo!

Y después se ocupó de otras cosas con su amigo.

Cuando Teresa volvió á casa dijo muy alegre á la señora Guignard:

—Pues bien... ya estoy colocada.

Y al día siguiente, el señor Quillet, á quien la portera contó todo lo que ile había dicho Teresa, contestó:

—¡Sí, pero por cuanto tiempo!

## II

**Marcelo Montarón al señor Jacobo Mertens, casa Barker, Nueva York.**

«Querido maestro:

»Ya está arreglado todo.

»Gracias á vuestra recomendación, he sido protegido sin dificultad por el señor Muller y el burgomaestre, que tiene también voz en el Capítulo como presidente del Consejo de fábrica de la Hofkirche, por otro nombre la iglesia de Saint-Leger.

»He tenido una acogida cordialísima por estos señores, que han llegado á ser los árbitros de mi destino.

»He aquí cómo han pasado las cosas:

»A las dos horas de haber llegado á Lucerna, me presenté en casa del venerable cura de Saint-Leger y le entregué vuestra carta.

»Ví bien que había recibido ya otra, pues me esperaba.

»En seguida me hizo una porción de preguntas.

»—Ese pobre Mertens—me dijo el señor Muller,—es mi mejor amigo. Somos oriundos de pueblos cercanos. Nuestros padres fueron amigos desde niños. Nuestros abuelos estuvieron en la batalla de Sempach.

»El señor Muller me contó una multitud de anécdotas y de recuerdos respecto de vos.



»No concluía, y en su alegría de ver á alguien que podía hablarle de vos, me invitó á comer con él.

»Me contó que desempeñaba el curato de la Hofkirche desde hace cuarenta y siete años; que piensa celebrar dentro de tres años el quincuagésimo de su destino, y quiere que asistáis á esa ceremonia.

»Estuvimos hasta las ocho en el gran comedor, que conocéis bien, porque habéis comido en él con frecuencia en otros tiempos.

»Cuando estábamos concluyendo de comer, llegó el burgomaestre, señor Waldmann.

«El señor Waldmann, de unos diez años más joven que el señor Muller, es un hombre cuya bondad se lee en su cara.

»Debo empezar por deciros que su salud es perfecta, que á pesar de sus sesenta y cinco años, no tiene apenas canas, que tiene buen color y que nadie creería que tiene esa edad.

»—Aquí teneis al señor Marcellus—dijo el cura presentándome—el discípulo y protegido de Mertens.

»El señor Waldmann me tendió la mano con gran cordialidad, diciéndome:

»—¡Sed bienvenido! Gracias á esa recomendación, teneis abiertas todas las puertas. ¿Queréis ser nuestro organista?

»—Sí puedo. ¿Puedo tener alguna esperanza?—Me atreví á preguntar.

»—Ciertamente, y los que salen ganando somos nosotros. Estais admitido desde luego.

»—¡Oh!

»—Presentado por Mertens, ¿qué más podríamos pedir nosotros?

»He aquí, querido maestro, cual ha sido la recepción que os debo.

»Pasamos al salón.

»Está tal como vos le habeis conocido.

»Lo que ví en él de más notable fué un organo de la casa Barker y uno de nuestros magníficos pianos de cola que pueden tener rivales, los de Erard, por ejemplo, pero que no tienen quien los supere.

»—Es un regalo de Mertens—me dijo el cura con verdadera emoción.—Nada en el mundo me agradaría más.

»En seguida se sentó al organo, en el que había un volúmen de vuestras composiciones, y tocó la *Oración de la tarde*.

»Cuando se volvió hacia mí, estaba conmovido, y el burgomaestre, más resistente, se frotaba el pecho en el lado del corazón, diciendo:

»—En verdad, cura, eso conmueve.

»El señor Muller me cedió el puesto.

»—Ahora os toca á vos—me dijo.

»Yo heché el resto. Quería honrar á mi maestro.

»Durante dos horas el burgomaestre, que se había acercado á la ventana, y fumaba tranquilamente en su pipa, no hizo un movimiento.

»Permaneció tendido en su butaca sin manifestar su opinión, y yo temía verdaderamente no merecer su aprobación, cuando de pronto se levantó, vino á mí, me cogió las manos y me dijo:



—Me habéis hecho olvidar la hora... Tenía una cita y soy conocido por mi exactitud... He perdido mi reputación. ¡Cincuenta minutos de retraso!... Es la primera vez que me ocurre esto. Hasta la vista. Sois nuestro. Voy á escribir á Mertes dándole las gracias...

«Y salió acompañado por el señor cura.

»Cuando volvió el Sr. Muller, me dijo:

»Habéis hecho su conquista y eso no es fácil... Adora la música... Está entusiasmado.

—»¡Oh! señor.

»—Sí, si... ¡A mí me pasa lo mismo! Mertens nos ha hecho un gran servicio, ¿pero cómo os vais á arreglar?

»Me explicó sus condiciones.

»Tendré tres mil francos de sueldo y el diez por ciento de lo que se recaude en la iglesia, que es bastante importante.

»Todas las noches, de seis á siete y media, habrá concierto de órgano en la Hofkirche y el público pagará un franco de entrada.

»Durante el verano, la afluencia de extranjeros es considerable.

»Los conciertos de órgano gustan á los ingleses de una manera extraordinaria.

»Puedo, pues, contar con cinco ó seis mil francos.

»—Es más que lo que necesito—dije al señor Muller.

»—Tendréis además lecciones.

»—No las daré—dije.

»No pareció admirarse.

»—Mertens me ha dicho que sois un verdadero artista y un filósofo—me dijo.

»Y añadió con vacilación:

»—Me ha dicho también que tenéis grandes penas...

»—Es verdad.

»—Procuraremos hacéros las olvidar.

»Y con gran delicadeza me habló de otra cosa; de mi instalación.

»No salí de casa del señor Muller hasta muy avanzada la noche.

»El me acompañó hasta mi hotel y se separó de mí citándome para el día siguiente, con el fin de ver el célebre órgano de la iglesia, que es uno de los más completos que existen en el mundo.

»Tiene registros de una dulzura y de una vibración extraordinarias.

»Sus voces, celestes y humanas, son de un timbre conmovedor.

»El señor Muller hizo que me fijara en estas cualidades.

»Ayer tarde he dado mi primer concierto.

»Hubiera preferido esperar ocho días todavía; pero la estación está ya avanzada, y los hoteles están llenos de extranjeros.

»La iglesia estaba de bote en bote.

»Se habían repartido anuncios con profusión diciendo que debutaba el señor Marcellus, nuevo organista de la Hofkirche.

»La hora de los conciertos está bien elegida.

»Principian á la caída de la tarde, cuando la sombra descende á las naves de la iglesia y las presta una especie de misterio y de tristeza religiosa.

»Yo mismo sentía una profunda emoción



»Sin embargo era preciso comenzar.

«Comencé.

»Había un programa que principiaba por vuestra marcha nupcial.

«Querido maestro, puse mis cinco sentidos en su ejecución.

»Cuando vibraron los últimos acordes bajo las bóvedas de la iglesia, á pesar del respeto debido á ese santo lugar, se oyeron aplausos, que fueron reprimidos con trabajo por los golpes que el Suizo daba con su alabarda en el suelo.

»¿Qué os diré?

»Os envío ese programa excepcional.

»El señor Muller fué quien lo compuso y ya sabeis la admiración que tiene por vos.

»Después de *La oración de la tarde*, antes de tocar el último trozo, me incliné sobre el balaustre de la tribuna y paseé una prolongada mirada sobre la concurrencia.

»Ya sabeis que felizmente tengo una vista excelente.

»Cual no sería mi admiración al ver en una de las primeras filas, en un sitio donde la luz de una ventana sin cristales caía á plomo sobre ella, á Miss. Minnie Barker y su madre.

»¿Qué de recuerdos debió llevar á su imaginación aquella *Oración de la tarde*, que ella había oído tocar tantas veces y que ella misma había tocado á miles de leguas de la ciudad donde se encontraba!

»Yo la vi, sí, la vi distintamente llevar su pañuelo á los ojos y enjugar sus lágrimas.

»Su cabeza se inclinó sobre su pecho; pero

su madre la dijo algunas palabras y levantó la cabeza.

»Cuando hube acabado la improvisación que terminaba el concierto, permanecí algunos instantes con la frente sobre las manos, apoyado en el balaustre de la tribuna, pensativo, esperando á que se extinguieran los ruidos de la iglesia y que las bóvedas cesasen de vibrar bajo el torrente de armonías deseneadenado por vuestro discípulo.

»Cuando me decidí á salir, la iglesia estaba vacía.

»No quedaban en ella más que el cura y el burgomaestre, que querían felicitar-me.

»Que el honor de sus alabanzas llegue hasta vos, querido maestro. Que sus elogios atraviesen los mares como la expresión de mi agradecimiento, de mi cariño y de mi respetuosa amistad.

»El señor Muller quería que me quedase á comer con él.

»No acepté.

»El excelente sacerdote y el burgomaestre llevaron su amabilidad hasta el extremo de acompañarme hasta la casa que me han buscado, y que reúne todas las condiciones que yo deseaba para mi retiro.

»Está situada en el extremo del muelle Nacional, á media ladera, á la orilla de un paseo de castaños, oculta entre una porción de arbustos y de plantas de todas las especies.

»Es una casa baja, de un solo piso y da acceso á ella una escalinata de diez escalones.

»La situación es admirable.



»En frente de las ventanas, el lago estiendo sus aguas azules surcadas por barquillas, y en lontananza, el monte Pilate se eleva en una masa compacta con sus flancos cubiertos de oscuros bosques y verdes pastos hasta sus cimas, que se desgarran y forman un conjunto de grietas, antros y picos descarnados.

»Es soberbio.

»La casita es pequeña, se compone solo de bodega, cocina, comedor, sala y un despacho.

»La sala es bastante grande.

»Los muebles de más valor que en ella figuran los conocéis bien vos.

»Es á vos á quien se los debo.

»A propósito, querido maestro, el señor Waldmann me ha hecho una confidencia.

»Antes de mi llegada á Lucerna, estaba el asunto arreglado entre vos y vuestros dos amigos. ¡Cuánto os lo agradezco! ¡Sabeis cuán desgraciado soy!

»¡Yo os he confiado todo!

»¡Vos habeis podido comprender que el desastre que sobre mí ha caído no tiene remedio!

»Quiero á mis hermanos á pesar de lo que ha pasado.

»En esto hay todo un drama cuyo misterio es incomprensible.

»Para comprenderlo sería preciso conocer sus detalles y las causas que lo han motivado.

»No puedo creer en la indignidad de los que no he dejado de querer, y aunque fueran culpables, el móvil de esa explosión no podría ser vil ó infamante.

»¡Los conozco!

»Sin embargo, el hecho existe, terrible, implacable, mortal para nosotros y nuestro honor.

»Un Montarón está en presidio.

»No estará mucho tiempo en él, ¡lo presiento!

»Antes que sufrir vergüenza y humillación tal, se hará matar, tratando de escaparse.

»Pero lo que más siento es no saber qué es de mi pobre hermana Teresa.

»A mi paso por París hice todos mis esfuerzos por encontrarla.

»Fueron inútiles.

»Está perdida en esa inmensidad, ahogada en ese abismo donde me la figuro agonizante como un viajero extraviado en la nieve ó caído en las grietas de esas neveras, color rosa y azules al ser bañadas por el sol, que veo desde mis ventanas.

»Pero mis ambiciones son bien limitadas, querido maestro.

»Si mis hermanos fuesen rehabilitados por cualquier feliz circunstancia, por un rayo de luz que iluminase el tenebroso asunto que les ha deshonrado; si viviesen modestamente bajo el techo que nos cubrió en nuestra infancia; si pareciera Teresa y pudiera estar á mi lado en esta casita ignorada y tranquila donde no podré gozar de verdadero reposo sin ella; si en fin, me fuera dado volver á veros, aunque no fuese más que unos días, en el país espléndido que habéis abandonado, dejando en él recuerdos tan vivos y amistades tan profun-



das, mi alegría no tendría límites y mi felicidad sería completa.

»Fuera de eso, os juro que no deseo nada, ni honores, ni fortuna.

»Si alguna vez tenéis ocasión de hablar de mi con el señor Silas Barker, sin despertar en él penas que desaparecerán, yo lo espero, decidle hasta que punto agradezco sus bondades y los votos que hago, desde el fondo de mi alma, por su felicidad y la de su familia.

»En cuanto á vos, mi querido maestro, ¡qué podría yo añadir á lo que acaba de deciros!

»Os debo lo que soy y esto que soy haría mi dicha si circunstancias independientes de vuestra voluntad, y casi fatales, no destruyesen en parte el efecto del inoivable servicio que me habéis hecho.

»Vuestro agradecido y respetuoso discípulo y amigo.

»MARCELO MONTARÓN.

»Lucerna, 18 junio, 188...»

### III

*Juan Montarón al señor vizconde de Fleuse, hotel de Halifax, en Brisbane (Australia).*

«Querido señor de Fleuse:

»He llegado felizmente á Paris después de una travesía que no ha carecido de incidentes que no os cuento, puesto que desembarcamos sanos y salvos en Inglaterra, donde tomé el vapor para el Havre.

»Durante el viaje, el honorable señor Turner se ha mostrado excelente conmigo. No hay atención que no haya tenido: quiso que me tratasen como á él, y ya veis cómo le trataría á él siendo uno de los principales socios de esa compañía de vapores.

»Me afirmó varias veces que habeis hecho hecho un excelente negocio, y que en muy pocos años podreis imitarle y pasarlo á otras manos, si vuestras ambiciones no son inmoderadas.

»Quería que me quedara con él y me aseguraba que tendría ocasión de hacer fortuna poniéndome al frente de una de sus propiedades de la Australia.

»En una palabra, me tomó cariño.

»Pero yo no podía aceptar sus proposiciones.

»Yo tenía mi idea.

»De otro modo no me hubiera separado de vosotros.